cos días antes de caer enfermo, diciéndole que muchas veces había pedido á Nuestro Señor, y á nuestros Santos Padres Ignacio y Javier, le alcanzasen de Nuestro Señor morir presto, para asegurarse de los grandes peligros de esta vida. Y parece que consiguió esta su petición, porque murió con grandísima paz y sosiego de su alma, y no dejaba de cantar y repetir himnos y jaculatorias á sus santos devotos, y en particular á la Santísima Virgen. Habiendo recibido todos los Sacramentos la tarde antes de morir, pedía á los que entraban á verle limosna para el viaje que hacía con mucho gusto y consuelo suyo. Preguntándole uno de casa qué escogería de mejor gana, irse al Cielo ó quedarse en esta Tierra, respondió que lo primero; y replicándole otro de los que allí se hallaban, que siempre se había de escoger la voluntad de Dios, respondió: «Aquello primero escogía yo por ser la voluntad de Dios.» Lo que á los presentes hizo más reparar en muerte tan temprana, que ordinariamente se suele más sentir, fué que ésta era recibida con tanta alegría, que hasta lo último estuvo rezando el Oficio de la Santísima Virgen y Madre de Dios, y otro que solía rezar de la Purísima Concepción, dispuesto por el Hermano Alonso Rodríguez; y habiéndole rezado, como le dijese un Padre que rezase el Salmo *Laudate Dominum omnes gentes*, para suplir los defectos cometidos, él lo cantó en voz alta con tan grande alegría, como si estuviera con entera salud; y habiendo después rezado el Credo, le preguntó el mismo Padre si creía firmemente lo que había dicho, y si daría la vida por ello si fuese menester, respondió en latín: «*Etiam si licuisset mihi sanguinem effundere propter ea quæ in istis verbis continentur.*» Renovó sus votos con grande devoción poco antes de morir, dando mil gracias á Dios, que le llevaba siendo de la Compañía de Jesús. Su muerte fué, finalmente, con cánticos de alegría interpolados con risa, de que se admiraban los presentes, y muy sentida de sus compañeros, los cuales le amaban por su virtud y condición angélica.

CAPITULO V.

Vida breve y excelentes virtudes del Hermano Juan de Heredia, estudiante de la Compañía de Jesús. Año de 1625.

En breves años, y habiendo dado ejemplos de excelentes virtudes, pasó á gozar del premio de ellas á la gloria el Hermano Juan de Heredia, natural de Salvatierra, en la Provincia de Alava en Vizcaya. Entró en nuestra Compañía de edad de 18 años en la Provincia de Castilla la Vieja, estando estudiando Cánones en la Universidad de Salamanca, con deseos grandes de conseguir la perfección religiosa. En ocasión, pues, que en las Provincias de Europa buscaba el P. Hernando de Villafañe, sujetos que traer á esta Provincia de Nueva España, le ofreció la de Castilla la Vieja, como singularmente llamado de Dios, al dicho Hermano Juan de Heredia, el cual todavía estaba pretendiendo su entrada en la Compañía, de cuya vocación quisieron los Superiores hacer prueba, diciéndole: que se ofrecía ocasión de enviar sujetos á las Indias, que si se atrevía á entrar para ir luego á esta jornada; y él, con fervorosos deseos, se ofreció luego para ella, holgándose de entrar en la Compañía y obedeciendo á lo que se le proponía, y ejercitar la virtud que tanto en ella se profesa, y porque Nuestro Señor le había dado antes deseos de ayudar á la gente más vil y desamparada que hubiese, si se lo mandasen, como lo tenía escrito en un papel de los deseos que Nuestro Señor le comunicaba en la oración, por estas palabras: «Dame un gran deseo Nuestro Señor de ir á ayudar en lo que pudiere á los indios.» Cooperando, pues, los Superiores á esta vocación tan verdadera y santa, le dieron la ropa aquel mismo día y fué admitido en la Compañía á 3 de Mayo de 1622, si bien asegurados de su grande vocación, le enviaron en hábito secular con otros de la Compañía que iban de aquella Provincia. Llegado á Madrid, avisáronle que tenía deudos allí, que los visitase; pero al fervoroso novicio, que apenas se había vestido el hábito religioso, estaba ya tan desnudo de afectos de carne y sangre, ni el amor de los parientes, ni las curiosidades de la Corte, lo pudieron sacar un paso del Colegio, sino que se encerró en casa, sin divertirse de su intento, y dándose cuanto podía á la oración en este tiempo. En la ciudad de Sevilla dió la misma edificación, pues teniendo también allí deudos, y convidándole á que los viese, pues estaba libre del traje Religioso para ir solo á ver aquella ciudad, que ni había visto, ni había de volver más á verla, el devoto mancebo excusó totalmente estas salidas; y así, viendo cuán retirado vivía, le volvieron á vestir en Sevilla de la ropa de la Compañía, y desde allí se fué á embarcar al navío, donde fué de mucha edificación, ayudando en los oficios más bajos y humildes. Llegado á la Provincia de Nueva España acabó su noviciado enteramente en la probación de Tepotzotlán, con vivas muestras de los dones que Nuestro Señor le iba comunicando, y siendo para todos vivo ejemplo de humildad y resignación de su voluntad en la de la obediencia. De allí vino á estudiar Humanidades al Colegio del Espíritu Santo de la Puebla; su Superior experimentó aumentos grandes de las veras con que se daba al aprovechamiento de su alma y con una afición rara al ejercicio de la oración, de suerte que ninguna ocupación se la estorbaba, sino que buscaba tiempos en que restaurarla; la aumentaba de ordinario todas las noches y tardes delante del Santísimo Sacramento en el coro. En la regla de dar cuenta de su conciencia á su confesor y prefecto de las cosas espirituales, era muy exacto y menudo, dándola muy en particular de lo que por él pasaba; y cuando se le ofrecía algo que fuese de más consideración é importancia, como quien andaba tan cuidadoso de su aprovechamiento, acudía á comunicarlo con el Superior con grande sumisión, resignación é indiferencia. Su silencio era perpetuo, y lo llamaba y decía que era guarda de su oración; y así, nunca se le oyó palabra fuera de tiempo que no fuese necesaria. En la obediencia mostraba un rendimiento y sujeción tan particular, que nunca se le conoció señal ni mínima insinuación de repugnancia, antes él se adelantaba por sí mismo á cumplir y suplir los oficios y obediencias que otros tenían á cargo, cuando se les traslucía que en ello tenían alguna dificultad ó repugnancia. No sólo mostraba esta sujeción para con los Superiores, sino que á todos los de casa obedecía en cualquiera cosa lícita, como si le fueran Superiores.

Nunca se vió que dejase de hacer cosa que le pidiesen, con ser muchas las que de él dependían, por tener oficio de ayudar al Padre Ministro en el avío de las oficinas; y entre algunos de los propósitos que Dios en la oración le inspiraba, se halló escrito: sufrir á cualquiera en casa, ó fuera de ella, y obedecer á cualquiera sin mirar la persona que le mandase; y añadía poniendo por ejemplo, como si yendo por la calle le mandase un seglar que le limpiase en público los zapatos; y en casa tenerlos á todos por Superiores, con grande prontitud en lo que no fuese contra Dios; y esta sujeción era con una tolerancia tan suave, que jamás se le oyó palabra desabrida á ninguna que le dijesen, ni se vió en él el semblante alterado, aunque le irritasen ó diesen ocasión de impaciencia; antes en sus deseos pasaba más adelante de lo que se le podía ofrecer de presente, porque entre los que tenía escritos y asentados consigo, decía: «Deseo padecer cualquier injuria por Cristo, y si acaso me enviasen á México ó á otra parte, á pie, pidiendo limosna, y que me prendiesen por vagabundo y me afrentasen por las calles, llevarlo hé con mucha alegría;» y añadía el que tan de veras se había abrazado con la Cruz de Cristo: «Plegue á Dios que me lo manden, hasta que vea pasar por mí las injurias y afrentas que padeció Nuestro Señor, y de padecer todas las que se pueden imaginar, hasta muerte muy afrentosa como el Hijo de Dios.» Bien se colige de lo dicho, los actos de caridad para con Dios de este su fervoroso siervo; y nos pudiéramos alargar mucho en esta materia, si hubiéramos de poner aquí otros encendidos deseos y afectos del Hermano Heredia, de padecer antes infiernos que ofender á Dios, y deseos de la salvación de las almas que le tenían dispuesto para las más remotas y bárbaras naciones del mundo en el cumplimiento de nuestro Instituto.

En la flor de estos ardientes deseos, que prometían adelante colmados frutos, fué Nuestro Señor servido de quitárnosle llevándoselo á su gloria al principio de sus estudios, cuando no pudo dar más muestras de obras que las interiores, que se admiraban en este angelical Hermano. Bien viene aquí lo que dijo el Espíritu Santo: «*Consummatus in brevi explevit tempora multa.* Pues en tan breves años dió alcance este fervorosísimo mancebo á unas virtudes tan excelentes y sólidas, cuales en muchos años de vida apenas llegan á alcanzar otros siervos de Dios muy antiguos. Murió el Hermano Juan de Heredia siendo de edad no más que de 20 años; y en el de 1625, á 30 de Julio, y aunque murió de una apoplegía, podemos con mucha razón decir, que no murió de repente el que toda la vida que Dios le concedió la gastó en servicio de aquel Señor, por cuyo amor deseaba dar su vida. Y su cuerpo está enterrado en la Iglesia de nuestro Colegio del Espíritu Santo de la ciudad de los Angeles, habiendo dejado en esta Provincia los admirables ejemplos de virtud que aquí quedan escritos.

CAPITULO VI.

De las angélicas virtudes del Hermano Domingo de Villanueva, que murió siendo novicio de la Compañía de Jesús, en su noviciado de Nueva España.

Liberalísima ha experimentado á la divina Bondad esta Provincia, en haber repartido sus soberanos dones no sólo con aquellos que por muy prolongados años la edificaron viviendo en ella con grandes ejemplos de perfección religiosa, sino también con aquellos que, habiendo sido de nuevo plantados en el vergel del noviciado de esta Religión, y habiendo dado frutos tempranos de aventajada virtud, se los quiso llevar por primicias de ella al Cielo.

De estos, fué uno muy señalado el Hermano Domingo de Villanueva, de 20 años de edad y de solos 20 meses de noviciado, donde ganó tanto aumento de virtudes y camino, con pasos tan apresurados y adelantados en la perfección, que se conocía bien la gracia con que el Espíritu Santo se dió prisa á enriquecerle y hermosearlo para trasplantarlo en el Cielo, como en el discurso de su breve vida lo iremos viendo. Nació el Hermano Domingo de padres nobles, honrados y buenos cristianos, en Cadevedo, lugar en las Asturias, segura finca de noble sangre, año de 1627, á los últimos de Septiembre, y renació por el Bautismo á los 6 de Octubre del mismo año. Dotóle Dios de un natural tan dócil y cándido, que ya desde sus infancias le previno el temor santo de Dios, principio de la sabiduría que rayó en su alma, con tan resplandecientes luces, que siempre la alumbraron por el camino seguro de la ley santa de Dios, sin que ofuscado con tinieblas de alguna malicia, tropezase en culpa mortal; y tan dedicado desde niño al servicio filial, devoción y afecto á la Virgen Santísima, que hizo voto de rezar todos los días su Rosario, cumpliéndolo con la puntualidad que tuvo siempre en el agrado de esta Señora, á quien ayunaba todos los sábados con tan estrechas leyes de mortificación, que sustentaba, ó por mejor decir, engañaba á la naturaleza, con la refección solamente de un huevo. A favor de la Reina de los ángeles reconocía la vocación con que le trajo Dios á la Compañía, de que tenía singular estimación y júbilo, con aprecio grande de esta merced que Nuestro Señor le había hecho.

Pasó á este Reino con un Hermano suyo (que le servía de Padre) en la flota del año de 1644, continuando sus estudios de Gramática en nuestras escuelas de México; le reconocieron ventajas sus condiscípulos, no sólo en las virtudes, modestia, devoción y compostura con que resplandecía entre todos, mas también en el aprovechamiento de las facultades que oía; y siendo la emulación, que de ordinario pasa entre niños, á envidia, tan como natural en los estudiantes, engendrando en los que no salen tan aprovechados alguna ojeriza con los cuidadosos; en nuestro Domingo faltó esta regla, porque su agrado

y humildad le hacían tan amable, que á todos les debía singulares afectos de amor y obediencia. Aquí le trató íntimamente como confesor suyo uno de los nuestros, que después fué su maestro de novicios; y conociendo la puridad de su alma y admirable disposición de virtudes para edificar en ella el edificio de la perfección evangélica, deseaba y pedía con instancia á Nuestro Señor le llamase á la Compañía, si había de ser para gloria suya. Con el mismo aprecio de su virtuoso proceder y modestia de costumbres, le deseaban otras Sagradas Religiones. Declaróse á su confesor este virtuoso y ajustado mancebo, dándole cuenta de la vocación con que Dios le llamaba para la Compañía; nuevas para el Padre de sumo consuelo y gozo, viendo efectuados sus deseos, aunque no tan presto tuvieron última resolución; porque cuanto era este ángel de consistente en lo que resolvía, tanto era remirado en determinarse. Hasta que con el parecer de un prudente Religioso, de una Religión en donde más le codiciaban, que le dijo juzgaba le quería Dios para la Compañía, por ser á propósito nuestro Instituto para el mejor logro de las prendas con que la divina Majestad le había dotado, se resolvió á pedir la ropa y fué recibido en la Compañía con sumo gusto de los Superiores, á los 12 de Agosto de 1646.

En entrando en el noviciado se ajustó con tanta facilidad á las reglas del Instituto, que parecía estar connaturalizado en su observancia, ó que se había criado toda la vida en los ejercicios de la Compañía. Desde luego se llevó las atenciones de los nuestros, que asistían en aquel noviciado y Colegio. En la distribución ordinaria en que los demás se ejercitan, aunque no se particularizaba en acción que saliese del común, como lo aconsejan varones espirituales; pero en estos ejercicios cotidianos se descubrían tan aquilatados grados de espíritu, atento á la perfección y santidad de ellos, que era el dechado en que sus connovicios se remiraban para alentarse en el servicio de Nuestro Señor, procurando imitar las acciones que resplandecían en aquel angelical novicio. Porque en la observancia de reglas y ordinario proceder en la Compañía, es el toque donde se probaron las excelentes virtudes y santidad de nuestros bienaventurados Hermanos San Luis Gonzaga y Estanislao Kostka; y en ella se descubrió ser muy semejante de la de nuestro Hermano Domingo, que con ser atendido de todos, examinado con particular consideración sus palabras y obras, nunca se le notó alguna que mereciese en la estimación humana censura de venial culpa, porque cualquiera acción suya iba tan regulada con la perfección, que se echaba de ver que siempre procuraba ajustarse á ella. Argumento ciertísimo de la inocencia y pureza de su alma, fué el examen particular que nos enseñó nuestro Padre San Ignacio, en que era exactísimo, y donde parece que registró y perfeccionó las muchas virtudes que adquirió en el poco tiempo que vivió en la Compañía.

Hizo los votos de devoción el día de la Asunción gloriosa de la Santísima Virgen, cumplido su primer año, y fué para él alegrísimo, por desahogar algo de su fervor, dejándole lograr los deseos ardientes que tanto antes había tenido, de hacerlos nacidos de unas ansias continuas en que vivía, de entregarse todo á Cristo y á su Santísima Madre; y la labor interior y tarea continua en que andaba, era ofrecerse todo en holocausto á su Señor, no perdiendo ocasión, por pequeña que

fuese, que no la lograse en agrado y servicio suyo; cuanto más se ejercitaba en afectos de caridad con su Dios, tanto más recrecían en su pecho estas ansias y la diligencia y cuidado en rastrear el modo como más le pudiese amar y servir. Tanto era el golpe con que acudían á su corazón estas llamas, y tan grande el tesón con que se ejercitaba en estos finísimos actos de caridad, que desflaqueciendo á veces las fuerzas del cuerpo, se rendían á la valentía de su espíritu. Ocupábale su maestro en oficios domésticos, para que con la atención de aquellas ocupaciones exteriores, se divirtiese algún tanto de la profunda que traía en sus encendidos afectos. Enviábale alguna vez á una hacienda nuestra, de campo, donde sin la distribución cotidiana del noviciado, remitiese un poco de sus intensos ejercicios. Otras veces le señaló por compañero del Procurador del Colegio, para que, viniendo á México y saliendo por las calles y plazas de la ciudad, interpusiese algún alivio y remisión á sus fervores, que le traían flaco y desmedrado; mas en todo esto, nada se consiguió de lo que su maestro pretendía, porque tenía muy apoderados del amor de Dios sus sentidos, sin dar entrada al divertimiento del mundo, atento en todos lugares y tiempos á Dios; de suerte que no parece acertaba á apartarse de su memoria y presencia, hallando más dispuesta la materia este divino fuego, cuanto más se presumía dársele materia de cosas exteriores en que los templase; y así le resultó, finalmente, de estos efectos tan repetidos de amor, tanta debilidad en el cuerpo, que con ella fueron desfalleciendo las fuerzas, á que sobreviniendo unas calenturas continuas, causaron su dichoso tránsito de esta vida mortal á la eterna.

El amor fino de Dios fué el origen y fuente de donde procedieron con tanta perfección las muchas virtudes de este fervoroso siervo de Jesucristo; porque en la obediencia era tan nimio, que para él era como sacrilegio el faltar á la más mínima regla de su Instituto, que guardó sin violarle en un ápice; tan alerta en la ejecución de la voluntad divina, manifestada por la de su Superior, que á cualquier cosa en que se insinuase su gusto, daba tan anticipada obediencia, que la tenía ejecutada primero que el Superior reparase en lo que al Hermano Domingo había insinuado; y esta puntualidad obligó á su maestro á poner cuidado y remirar mucho lo que ordenaba, y tenía avisado á los oficiales de casa atendiesen bien en lo que le mandasen, porque á ciegas, y sin inquirir más que era obediencia, lo ejecutaba con toda exacción y presteza.

Estábase remudando unos zapatos en ocasión que el Padre Ministro le llamó, y al mismo punto partió medio calzado á ver lo que se le ordenaba, y á este modo le sucedieron otras acciones; tan resuelta era la sujeción que tenía á la campanilla de la obediencia. Cerca ya de su muerte, le daba parte un Hermano de los escrúpulos que le afligían, y él le dijo con su acostumbrada sinceridad: «sólo me acuerdo haber tenido un escrúpulo en mi noviciado, y fué que, acudiendo á dar recaudo para la rasura, oí tocar á barrer y tuve interiormente mucho remordimiento en que yo no acudí á este ejercicio; bien veía yo que no podía por entonces dejar lo que estaba haciendo por orden de la santa obediencia, pero sentía mucho no poder acudir á todo.» Argumento grande de la mucha serenidad y paz de su conciencia, la cual tenía siempre patente á los Superiores con grande claridad, entendiendo (y con razón) que de ella había de proceder el consuelo de su alma. Y

era dicho suyo, que no era posible tuviese consuelo el Religioso que no se manifestase con claridad al Superior que Dios le había dado.

Su pobreza fué tan grande en el afecto, como lo mostraba por los efectos en la esfera corta de un novicio. Pues aun para lo que generalmente se permite á los demás, sus Hermanos, pedía el singular beneplácito y licencia del Superior. Tienen los Hermanos novicios licencia general cuando salen al campo, para repartir en los pobres del camino, cuando les pidieren limosna, lo que les sobra de la refección que se les da en el asueto; mas el Hermano Domingo de Villanueva se la pedía en particular al Superior, agradeciendo con muestra de risa y agrado afectuosísimo, que le diesen esta licencia, por tener ocasión de ejercitar su afecto con Cristo Nuestro Señor, que con una muy viva fe reconocía en los pobres. Siendo Soto-Ministro, fregaba cada día la olla de los pobres por dentro y fuera con ladrillo molido, hasta dejarla como una plata, y diciéndole un Hermano que para qué se cansaba tanto en aquello, le respondía con gran candidez: «Hermano, hágolo por amor de Dios.» Y como todo lo hacía con este espíritu, todo lo hacía con grande exacción. No parece sino que le tenían asalariado, no sólo los nuestros, sino también los mozos de la cocina, para que les ayudase y se encargase de lo que era de más trabajo y humillación. En el tiempo de siesta y los demás que le sobraban, gastaba en fregar las ollas de la cocina y en limpiar los demás secretos lugares; y era tal la devoción con que se ejercitaba en estos oficios, que la causaba en los que le veían. Nunca se le conoció afición á cosa de esta vida, siendo su tesoro Cristo Nuestro Señor; los ojos se le iban á lo más pobre y desechado, así en la comida como en el vestido y alhajuelas ordinarias de estampitas, medallas y otras cosas de devoción, propias de los novicios. Acostumbran los Hermanos la Pascua de Navidad despojarse de dichas alhajuelas, en reverencia de la extremada pobreza en el establo del Niño Jesús, y llevarlas al Padre Ministro para que las trueque y reparta como le pareciere. El Hermano Domingo procuraba salir con ganancia en estos truecos, quedándose con lo peor y más desacomodado y pobre; y en orden á perfeccionarse con toda la intensión posible en esta virtud, tenía hechos algunos votos, que dejó escritos en los sentimientos que le comunicaba Nuestro Señor en la oración.

Su pureza siempre fué tan angelical, que nunca la empañó ni aun con el pensamiento, conservando en el alma y cuerpo su virginal pureza, la cual le ayudó para conservarse en la gracia bautismal, sin cometer culpa grave en todos los días de su vida; por más que este siervo de Dios acriminaba sus culpas humillándose en los ojos de Dios, y publicándose por gravísimo pecador y estimándose, en su propio concepto, por el mayor de todos. Para esta pureza de vida se valió de la oración, á que se dió tan de veras, que todo su divertimiento y recreación era este santo ejercicio; en él gastaba, fuera de los tiempos señalados por la distribución, todos los ratos que le sobraban de otros ejercicios, en la capilla del noviciado, delante del Santísimo Sacramento y de la Santísima Virgen, tan inmoble y absorto en ella, que parecía de mármol, y con tanta reverencia como si se hallara visiblemente en la presencia de Dios Nuestro Señor, y tan devoto, que á los que le miraban ponía devoción; principalmente de la acción de gracias después de la Comunión, se levantaba con tan encendidos afectos y sentimientos, que con ser naturalmente tan circunspecto y vergonzoso, prorrumpía, sin poderse ir á la mano, alguna vez en tiernos suspiros y fervientes jaculatorias. Aquí le comunicaba Su Divina Majestad una celestial sabiduría en materias de devoción y espíritu, que se conocía bien ser del Cielo, según unos apuntamientos que dejó por modo de meditación; y conforme á ella brotaba su corazón en algunos votos y propósitos que se hallaron repartidos en puntos santos de contemplación, que dejamos de expresar por la brevedad.

En cuanto á las penitencias ordinarias de cilicios, disciplinas y otras, así públicas como secretas que acostumbran los de la Compañía, si se hubiera condescendido con sus fervores, mucho antes hubiera apresurado su fallecimiento. Entreteníalo su maestro con la esperanza de que estando bueno y gordo le daría mucha mano. A este fin, suplicaba él á Nuestro Señor le diese á sentir á su maestro, que podía con seguridad dejarle lograr sus ansias de mortificarse más y más; y era notable la alegría que mostraba, cuando los Hermanos por consolarle (como ya le sabían el gusto) le decían que cobraba colores é iba engordando, porque al punto iba al Superior muy contento para ejecutarle la palabra que le había dado. Tenía hecho concierto con otro Hermano, de que habían de hacer la mayor guerra que pudiesen al demonio como á enemigo declarado de su Señor, y que el verse ó encontrarse había de servir de reserva para avivar más la guerra, mortificándose y venciéndose en todo lo que les fuese posible, y cumplíalo de manera, que parece le había cobrado miedo el demonio y no se le atrevía, porque gozaba su alma de grandísima paz, porque no perdía de vista la duodécima Regla del sumario de nuestras Constituciones, que habla de una perfectísima mortificación; y así, era su continuo cuidado entre día, y su mayor y más intenso oficio, buscar, por más unirse con Cristo, su mayor abnegación y continua mortificación en todas cosas posibles, y cuando se le ofrecían tales ocasiones, parece estaba más en su centro.

Su modestia y recato tal vez pudiera parecer demasiado á quien no conociera su candidez. Estando ya tan á lo último de su vida, que para reconocerlo llegó un Hermano de los que le asistían á hacer la experiencia que se acostumbra en la frialdad de los pies; apenas sintió la cercanía de la mano, cuando recobrándose (no sin admiración de los presentes) y retirando el pie muy asustado, le dijo: «¿Qué hace Hermano?» Por la compostura del rostro y modestia de los ojos, se traslucía la virtud y candidez de su ánimo, alegrando, componiendo y edificando el mirarle. Algunos no se podían contener sin significar la veneración en que le tenían, y tal vez, que el Hermano Domingo llegaba á entenderlo, era tan grande su confusión, que en orden á desengañarlos, se valía de su cordial humildad; y como ésta suele ser muy ingeniosa en saber acriminar cualquiera inadvertencia ó descuido, por ligero que sea; así, en cierto concurso de huéspedes de nuestra Compañía, salió al refectorio á leer un largo catálogo de sus faltas, sacando á la vergüenza los más íntimos pensamientos que le podían ser de confusión; y entre las otras, dijo, cómo habiendo caido malo el Hermano Soto-Ministro, le había parecido que le habían de dar aquel oficio á él; y no le salió como él pretendía esta humillación y el querer ser tenido por el más imperfecto de todos, que antes se confirmó el Superior más en ocuparle en este oficio, como lo solía hacer; y los hués-

pedes quedaron con grande estimación del Hermano, y muy pagados de su humilde sinceridad.

Otro medio halló su humildad en orden á su confusión y desprecio, aun para después de muerto; porque habiéndose preparado antes de entrar en la Compañía por espacio de quince días, para hacer su confesión general, la guardaba escrita para dos fines: el primero, para tener recuerdo para satisfacer á Nuestro Señor; el segundo, para tener más á mano el proceso de su vida, testimonio que más le pudiese confundir. Y así, en el tiempo de su última enfermedad, si se hablaba de su virtud, mostrando sentimiento, como si le hiciesen grandísimo agravio, decía á los que así le estimaban, que vivían muy engañados, que él había sido muy malo, como lo podían ver par su confesión general escrita, que allí tenía, señalándoles el lugar donde la podían ver.

No fué menos circunspecto en la guarda de la lengua, que desde que tomó la ropa de la Compañía, en las recreaciones y asuetos nunca se le oyó hablar sino de Dios, y con tal fervor y suavidad, que encendía á los que le oían, reconociendo le había dado Nuestro Señor especial gracia para hablar de Su Majestad, no atreviéndose alguno á introducir pláticas de otras materias delante de él; su mansedumbre y apacibilidad le hacían amable á todos, y á todos les ganaba las voluntades para afervorizarlos en el servicio de Nuestro Señor, principalmente teniendo á su cargo la Prefectura del noviciado, negociaba con facilidad en todos sus connovicios la puntualidad en observancias de regla y distribución. No la recabó tan presto de algunos recién entrados, y cuando sentía sobretorcido á alguno, aunque sin causa, para aplacarle pidiéndole perdón, se arrojaba á sus pies.

Empezóle la enfermedad por un corrimiento y tosecilla al pecho, que en breve se le declaró ser asma y paró en ética confirmada. Aplicáronsele con mucho cuidado varios remedios en México, y por último, juzgaron los médicos mudase temple. Súpose en el noviciado la resolución, y codiciosos de sujeto tan angelical, si bien sentidos de tan triste nueva, solicitaron con los de aquel Colegio su vuelta, para poseerle muerto, ya que no le podían gozar por mucho tiempo vivo, y fuese depósito del virginal cuerpo de este siervo de Cristo, la casa donde había renacido al espíritu de la Religión; consiguiéronlo, y veinte días después de haber llegado á su noviciado, donde se le acudió como á sujeto tan querido de todos, pasó de esta vida, miércoles, á 15 de Abril, antes de la una de la noche, habiendo recibido muy á tiempo y con gran devoción los Sacramentos de la Confesión, Viático y Extremaunción.

Pocas horas antes que muriese, dijo á los Hermanos enfermeros: «Hermanos míos, quizá será Nuestro Señor servido de llevarme en esta noche.» Palabras que se repararon por tener aún sujeto para muchos días; en todos los de su enfermedad admiró no sólo á los de casa, sino también á los de fuera que le curaban, la paz y serenidad con que moría, que parecía no ser el Hermano Domingo el que se hallaba en aquel trance; y el confesarse para morir, fué como se reconciliaba en su entera salud, porque lo hacía siempre con las veras que si hubiera luego de ir á dar cuenta á Dios. Tan lejos estuvo de turbarse con la nueva de su muerte, que no se hartaba de dar gracias á Nuestro Señor, porque le sacaba de la cárcel del cuerpo; y para despertarle del pesado sueño que le molestaba en los crecimientos de la calentura, no

hallaron remedio ni más suave ni más eficaz los enfermeros, que decirle: «Hermano Domingo, gracias á Dios,» porque al punto despertaba, y con alegre rostro, respondía: «*Te Deum laudamus.*»

Las encomiendas que le daban para la otra vida las admitía y prometía darlas con la alegría y sinceridad, que si se mudara á otro Colegio. En todo el tiempo de la enfermedad, ni en el trance más apretado de la hora de su muerte, sintió la más mínima congoja ó inquietud de conciencia. Todo se ocupaba en hacer coloquios amorosos á Cristo Señor Nuestro y á su Santísima Madre y á otros santos de su devoción; poco antes de morir, dijo repentinamente á un Hermano de los que le asistían, mostrando gran gozo en su alma: «Abra, Hermano, abra la puerta;» y respondiéndole que para qué quería que la abriese, «Abrala, añadió el siervo de Dios, y verá la procesión.» Fué común sentir de los Padres de aquel Colegio, miradas bien las circunstancias, de que sin duda la procesión que vió era de ángeles y santos que había invocado; y en especial, de aquellas almas bienaventuradas que con la rozagante estola de la pureza seguían al Cordero de Dios, que venían para asistirle en aquel trance, y después á acompañarle con glorioso triunfo á la patria celestial, dejando suficientes prendas de que la iba á gozar. Hizo también reparar, que con amarle todos afectuosamente, se hallaron inopinadamente poseidos en aquella hora de un gozo interior tan grande, que por mucho rato embargó las lágrimas y tristeza, venciendo la fe el afecto y el crédito de la virtud del difunto al sentimiento que de su ausencia podían tener. Quedó su rostro sonrosado y más hermoso que en vida; el mirarle consolaba y parecía ver á otro Beato Estanislao; más movidos á valerse de su intercesion que cuidadosos de los sufragios que podían ofrecer por él. Murió este angelical Hermano el año de 1648, y, como queda dicho, está enterrado en nuestro noviciado de Tepotzotlán.

CAPITULO VII.

De la feliz muerte para la cual trajo Dios Nuestro Señor á la Compañía al Hermano José de Covarrubias, que murió al segundo mes de su noviciado. Año 1637.

Porque no sea única y sola la vida y dichosa muerte de los que aun siendo novicios de la Compañía de Jesús dieron excelentes y tempranos ejemplos de virtud, que se sirvió su divina Bondad, como lo esperamos, de premiar con singulares aumentos de gloria; añadiremos aquí, á la vida tan virtuosa y santa del novicio pasado, otra que, aunque mucho más breve, se remató con no menos dichoso fin y muerte que la pasada. Esta fué la del Hermano José de Covarrubias, novicio de no menos de mes y medio de noviciado, y de solos 19 años de edad, de la cual se lo quiso llevar Dios al Cielo. Fué este dichoso mancebo natural de la muy rica ciudad de minas de plata llamada Zaca-